

Bajo el abrigo

Objetivo: Entender que la obediencia y la sumisión no representa algo malo, sino todo lo contrario, da libertad y nos permite operar sin impedimentos y sin temor.

Texto base: *Romanos 13:1-2 (TLA)*

Dios es quien asigna a las autoridades

Cantares 2:3-4 (RV60) “3 ...Bajo la sombra del Deseado me senté, y su fruto fue dulce a mi paladar. 4 Me llevó a la casa del banquete, y su bandera sobre mí fue amor”.

Andar en obediencia a Dios hace podamos disfrutar del delicioso banquete que Él tiene preparado para nosotros. En la modernidad, la obediencia no es bien vista o la palabra sumisión causa malestar a las personas, pero cuando entendemos que estar “bajo el abrigo” es provechoso y para nuestro bien, entonces no será un malestar aprender a sujetarnos a nuestras autoridades. La obediencia debe ser un principio de la vida, una actitud habitual, la obediencia hizo que Jesús cumpliera con su propósito. En la verdadera obediencia hay un elemento de humildad porque pone nuestra voluntad y deseos al servicio de Dios.

Para tener una fe fuerte se requiere de obediencia. Las promesas y las recompensas vienen por ser obedientes a la Palabra de Dios. La obediencia no debe verse como una esclavitud, al contrario, debe verse como libertad, porque podemos operar sin impedimentos y no hay temor.

Dios estableció las autoridades, no solo las espirituales como pastores, líderes, etc., sino también estableció autoridades naturales como policías, padres, alcaldes, maestros, jefes. Nuestro deber es someternos a ellas siempre y cuando estén alineadas a los principios y valores de la Palabra de Dios. Sean buenas o malas esas autoridades, ellas son las que deberán rendir cuentas a Dios en su momento, pero de nuestro lado debemos cumplir con nuestra parte. La única excepción en la que NO debemos obedecer a las autoridades es cuando nos pidan hacer algo que contradice directamente lo que Dios ha declarado en su Palabra. Pero eso no quiere decir que no sigamos manteniendo una actitud humilde.

Resistir a la autoridad delegada es resistirse a la autoridad de Dios. No se trata de obedecer solamente de forma externa, sino que también el corazón debe obedecer, tener un corazón humillado, de lo contrario habría resentimiento, dureza de corazón y orgullo y sabemos que esto hace que una persona caiga fácilmente.

Si la persona camina en desobediencia, hay dos pasos que el Señor usa como un proceso progresivo para alcanzar a esa persona para que corrija su conducta:

1.- A través de la convicción: Dios puede enviar a una persona con un mensaje, bien sea a través de nuestros pastores, padres, amigos, jefes, etc., para que retome nuevamente el camino de la obediencia.

2.- A través del juicio: se puede presentar cuando la persona no quiere escuchar ese mensaje, no presta atención a la corrección de Dios. Debe haber un arrepentimiento genuino. Se trata de examinarnos a nosotros mismos *1 Corintios 11:31 (TLA)*, el Señor se fija en nuestra conducta y nos corrige para que aprendamos. Él es un buen Padre.

Cuando desobedecemos Dios no nos trae algo malo, lo que pasa es que nos salimos de su mano de protección y esto hace que haya vía libre para el enemigo venga a atacarnos.

Una persona con un corazón en desobediencia, que no está arrepentido les echa la culpa a todos a su alrededor porque no es capaz de asumir su responsabilidad por sus propias acciones.

En *Mateo 16:24*, el enfoque de Jesús es obedecer y la única forma de hacerlo es tomar nuestra propia cruz, porque si no morimos a nuestros propios planes y deseos habrá un conflicto entre la voluntad de Dios y el deseo del hombre. Si no entregamos nuestras vidas a Dios, nuestra carne encontrará la manera de cumplir con sus propios deseos y eso puede ser muy peligroso.

Como cristianos, cuando tenemos contacto con las autoridades debemos verlas más allá de su personalidad, se les debe dar honra a su posición. Obedecemos a la autoridad porque la autoridad divina está sobre ellos, así estemos de acuerdo o no con lo que ellos piensan o lo que hablan o cómo actúan, debemos honrarles.

Conclusión:

Mediante nuestra obediencia podemos acelerar los propósitos que Dios tiene para nuestras vidas. La recompensa de nuestra obediencia es grande.